



SUSCRIPCIONES

Santona
 Trimestre... 1 pts.
 Semestre... 1.75
Fuera de Santona
 Trimestre... 1.25
 Semestre... 2
Ultramar
 Semestre... 4 pts
PAGO ADELANTADO
 Comunicados desde
 0.25 á 4 pts. línea

Núm. suelto, 10 cts.

SEMANARIO DE INTERESES DE SANTONA Y SU COMARCA

ENSEÑANZA DE LA MUJER



Academia especial de corte y confección



METODO DE OCHARAN.

DON LUCAS DE OCHARAN
 Fundador y Director General de las Academias
 de este sistema en España y Ultramar.
 PROFESORA

D.^a Antonia Aranegui Infante de Dalnau

La profesora que tiene la honra de dirigir á las señoras y señoritas, ofrece su casa para esta nueva enseñanza en España, les participa que á la vez de ser en breves dias tan útil y necesario á la mujer y al hogar doméstico, es económico. El método cuesta 10 PESETAS; la enseñanza es aparte, y en la Academia, **Aro. n. 3, segundo, Santona-Laredo**, de 9 á 12 y de 2 á 6, se dá dicha enseñanza y también se dan lecciones á domicilio.

VALORES DEL ESTADO Y LOCALES

DE LA

PLAZA DE SANTANDER

Se gestiona toda clase de operaciones sobre los mismos.

Nicolás Ceano-Vivas, Corredor de Comercio
 Muelle num. 4 (Escritorio).—Santander

LA ETERNA CUESTION

Se aproxima la época en que el embravecido Cantábrico haga refugiar á los barcos en nuestra salvadora bahía; escucharemos los anuncios de siniestros en el mar y elevaremos á la Excelsa Madre y amparo del navegante la sentimental plegaria en favor del infortunado náufrago.

Y acostumbrados á ello en esta reducida península, pedazo de tierra escondido, donde todo respira calma, fraternal amistad y amor, veremos impávidos desatarse los elementos, rugir el coloso de montañas de agua; amanecerá el día con áurea y brillante luz y tras ella asomarán en el horizonte los nubarrones, terribles precursores de la tempestad, hasta encapotarse el firmamento con sinistras sombras; el peñón, el gigante,

mudo é inmóvil, continuará en su loable auxilio conteniendo al Noroeste furioso y como padre cariñoso prestando benéfica y generosa ayuda al intrépido marino.

Por la boca del puerto, procesionalmente, veremos entrar á los barcos, que poblarán nuestra espaciosa bahía y ya en ella, salvos de la tormenta, brotarán de los labios elogios y de los corazones incontrastable afecto á Santona y á madre naturaleza que en ella reunió infinitos dones, hasta convertirla en el verdadero y único refugio que existe en la abrupta costa del borrascoso Cantábrico.

Sin embargo de esto, que de por sí solo bastaría á cualquier población para reclamar de los poderes públicos lo que tal vez lograran por ser en justicia, Santona parece por designios desconocidos estar relegada al más injustificado olvido: parece no ser parte tan apreciada como las demás, de nuestra querida patria; parecen olvidarse las sagradas leyes de la humanidad no concediendo á nuestro puerto otro título y otras atenciones que las que él se logra con los cuantiosos servicios que presta á la navegación.

En otro país que no fuera el nuestro, tal tesoro no se hallaría oculto, pero aquí, donde la política absorbe toda la atención de los nombres de Estado no se piensa más

que complacer, concediendo gabelas, allí donde la influencia se halle á la recíproca con sus mangoneos electorales, sacrificando á los pueblos de menos significancia á los fines políticos.

De poco sirven cuantos esfuerzos en patriótico afán se hagan, á conseguir que al *Gibraltar del Norte* (como denominan á nuestra villa hombre eminentes) se le posea de algunas de las cualidades que abundan al otro *Gibraltar*, donde se manifiesta nuestra vergüenza.

Los escasos medios de defensa con que aquí contamos solo pueden atenuarse con la paz europea y las buenas relaciones de España con los vecinos países; pero ésta confianza é imprevision siempre costaron carísimas á nuestro país y nadie en esto se atrevería á profetizar que la buena armonía no había de interrumpirse nunca.

Hé aquí, querido lector, las dos eternas cuestiones de los santoneses: su puerto único de refugio en la costa, abandonado sin nombre oficial, y hasta ignorado por los gobiernos: la posición estratégica de Santona, despojada de fortificación moderna, sin apenas guarnición y á merced, por tanto, de los acontecimientos.

¿Y hay alguna esperanza?

Todos con pesimismo contestarían á esta pregunta, por que el pesimismo hace mucho tiempo es el alimento de los españoles: sin embargo, tengamos esperanza y con ella trabajemos con ardor, que los malos dias han de tener su término, pues la desgracia, haciéndose inaguantable, reclamará supremos esfuerzos que harán desaparecer cuantos obstáculos se interpongan en la marcha hacia el progreso, dando comienzo la regeneración de nuestra querida patria.

F. P.

PARA TERMINAR

El lamentable giro que ha tomado la cuestión

suscitada por un semanario castreño, con motivo de un asunto puramente privado entre nuestro querido amigo el propietario de *EL AVISADOR* y un redactor de aquel periódico, nos obliga á poner término, por nuestra parte, á la contienda; por que nuestro decoro nos veda descender al terreno de la procáz injuria, y porque sabemos muy bien que cuando un periódico utiliza las repugnantes armas de la personal difamación, se convierte en un libelo infamatorio, merecedor del más soberano desprecio.

Así, pues, y aunque en el asunto que dió origen la cuestión, están de nuestra parte la razón y la justicia, no hemos de insistir en su defensa, temerosos de infamante contagio; confiando al sano criterio de la opinión sensata el juicio de cuantos han intervenido en el asunto y de los procedimientos empleados por cada cual.

Variedades

EL PASO DEL RIO

Llovía Poderosas ráfagas venidas de las profundidades lejanas de la sierra hacían cantar al áspero follaje de los pinos y los oyameles el himno de la tempestad en la selva.

Y súbitamente el paisaje rocalloso y abrupto, y con sus altos peñascos y sus arboledas enormes, recortando con anchas siluetas oscuras, la livi tez apagada del horizonte anegado en la lluvia, iluminábase al resplandor instantáneo de relampagos de oro... Y oíase luego agigantado y temblando con retumbos de rodar de legiones de carros sobre las rocas de la sierra el trueno formidablemente repercutido por los ecos lejanos en un decrecendo majestuoso hasta sumergirse la vasta soledad de los montes en el rumor crepitante de las gotas y el canto del ranaje sacudido por el viento. Arroyuelos espumosos arrastrando guijarros y hojarasca descendían por las vertientes.

Y sobre ellos saltaban en vertiginosa carrera amarillos coyotes y gatitos montañeses que se perdían en las malezas donde se escondían medrosas las víboras, y de las que surgían regocijadas y sedientas las cullebras con sinuosos cuerpos de lindísimos colores. Allá en lo alto, en el gris luminoso del cielo, bandadas de cuervos se dirigían rumbo a los más altos crestones de las montañas...

II

—¡Ahora, arriente a la derecha, mi capitán!

—¡Con mil demonios, si dentro de un cuarto de hora no hallamos el río, ya podemos perder la esperanza de ver clara y escar-se las barbas de Don Maximiliano!

Bajo la lluvia a través de la espesura, galopaban caballeros en jadeantes corceles, dos ginetes envueltos en zarapes del Saltillo, catados los anchos sombreros, galoneados el uno de plata y el otro de oro, ostentando dos águilas mejicanas.

Era los guerrilleros perseguidos por un piquete de caballería francesa.

Tres días hacía que aquellos dos valientes huían en hebrada retirada, haciendo ilto el subalterno, tras cualquier parapeto de rocas y maleza y desde allí resistiendo con el fuego de su rifle americano, al salto de sus persiguidores, mientras el capitán se adelantaba para explorar el terreno y hallar camino seguro a través de la sierra. Una vez encontrado regresaba al punto en que se había su camarada y ambos emprendían la marcha desorientando a sus enemigos.

Pero aquella tarde, cuando los guerrilleros almorzaban la carne de un venado en torno de alegre lumbre, gritó el asistente:

—¡Ahí vienen mi capitán!

—¡A caballo!—contestó éste, tomando su rifle; y corriendo a donde pastaban las nobles bestias, montaron, y un minuto después gatopaban por la sierra pedregosa y abrupta.

Su esperanza de salvación estaba en pasar el río, pues una vez en la otra margen pasaban al campo donde se les esperaba con las órdenes de que eran portadores y que habían ido a traer, atravesando por las líneas francesas.

Hé aquí por qué el capitán que comprendía que ya sus caballos no podían más, desesperaba de ver chamuscarse las barbas de Maximiliano, si no encontraban el río después de quince minutos.

III

—¡El río, mi capitán!

—¡Gracias a Dios!—Ya era hora, hombre. Ancho, tumultuoso, negro; con espuma rajas grises, cargando sus revueltas aguas troncos de arbustos, alimatas y piedras, el río pasaba majestuoso en el fondo de una gran cañada. Muralones de roca cortados casi a pico, ornados de una maleza profusa y salvaje que se columpiaba como gigantes guirnalda en el abismo sobre el trueno mugiente de las ondas...

Sólo por la parte a que habían llegado los ginetes bajaban dulcemente los agrios ribazos, única obra de la muralla de aquella margen.

Arriba, sobre ellos avanzaba en el vacío una lengüeta de roca. El ribazo era el puño de una mano colosal, la lengüeta era el dedo índice extendido... Los caballos resoplaban, encabritándose, mirando con terror, leudidas las orejas hacia adelante,

las revueltas aguas salpicientes por la lluvia...

—¡Estamos salvados!... Ahora al agua; y en el momento en que el capitán iba a picar espuelas sonó una detonación seca y un soplo sibante pasó por su rostro.

—¡Me escapo en el empujón!—rujió livido de cólera—si allí están! Y señaló la lengüeta de roca. Sobre ella había un hombre recostado boca abajo tendido al abismo el cañón de su carabina.

El capitán comprendió al momento que un tirador en semejante puesto los cazaría irremisiblemente al pasar el río; pero aun no acababa de cruzar por su cerebro este pensamiento, cuando a su lado, del suelo surgió otra detonación y vio estapefeto que el hombre de la roca se desprendía y su cuerpo atravesó el espacio y se sumergió en el río a veinte pasos de él.

Era que su asistente había echado pié a tierra y parapetándose tras su caballo había hecho fuego sobre el tirador.

—¡Al río, mi capitán, pase Ud.! Yo aquí los sostengo la retirada... Al primero que aparezca en la peña le rompo el alma... ¡Pase usted!

El capitán comprendió. En la roca no cabía sino un hombre que para apuntarle tenía que asomar la cabeza. Su asistente parapetado tras su caballo la haría volar, y hundiendo las espuelas en los flancos del suyo y azotándole las ancas con su vara de membrillo se arrojaron impetuosamente al agua.

En aquel momento apareció otra cabeza en lo alto de la peña; pero al ruido de una detonación el cuerpo rodó al abismo... y apareció otra cabeza y al instante otra detonación y el cuerpo al agua por un lado y su carabina por otro.

El capitán en tanto, sin volver el rostro, con el agua hasta la cintura excitaba cariñosamente a su caballo que jadeaba resoplando ruidosamente, bregando por ganar la otra orilla. La lluvia caía lenta y tenaz y entre las detonaciones secas y débiles que escuchaba tras de él, oía retumbrar los truenos precedidos de áureos relámpagos.

¡Al fin! Había llegado. El corcel hizo un poderoso esfuerzo para subir a la margen sobre cuyas arenas había plantado las patas delanteras; pujó dolorosamente y se encontraron ya fuera del agua sacudiéndose con alegría.

Entonces el capitán que durante el paso del río había levantado, envueltos en su zarape la canana y el rifle para mojarlos, echó pié a tierra y a su vez se parapetó tras el valeroso animal apuntando a la roca sobre la que ya no había nadie. Grito:

—¡Ahora pasa tú, Verdolaga!

Allá, en la otra margen, montó el bravo asistente y entró al río; apareció en la lengüeta del ribazo el cañón de una carabina y un kepi francés. El capitán hizo fuego, y de lo alto cayó el grito, agitando en el abismo sus brazos, sin soltar su arma, lanzando un grito trágico ahogado en el gran rumor de la lluvia sobre el río. Y otra nueva cabeza asomó y dos detonaciones fueron las que entonces se escucharon. Había logrado hacer fuego; pero, sin éxito. Y esta vez el cuerpo del tirador francés no cayó, quedó boca abajo sobre la peña con los brazos colgando de uno y otro lado... Y el capitán guerrillero vio a través de la lluvia como chorreaba la sangre del infeliz desde lo alto de la lengüeta sobre los espumarajos grises del río.

VI

—¡Bien, Verdolaga, ahora sí nos dejarán merendar tranquilos nuestro venado!

—¡Ya lo creo, mi capitán, el baño me abrió un hambre de todos los diablos!

Heriberto Frias.

CASINO-LICEO

El domingo último se celebró en el teatro del Casino una función a beneficio de varios artistas de la disuelta compañía que dirigió el Sr. Ruiz durante la temporada del verano último.

Estos artistas carecían de medios con que regresar a sus respectivos hogares y en tal situación proyectaron la velada teatral, a la que el público santónés concurrió en gran número, dando una muestra más de su hidalguía y sentimientos caritativos.

El Sr. Coronel del Regimiento de Anda-

lucía, como presidente del Casino y demás señores que componen la Junta, facilitaron a los artistas todo lo más necesario para que la velada revistiera el carácter de un acontecimiento y a tal efecto la banda de Andalucía que ejecutó una preciosa sinfonía titulada *La feria Buda* a telón corrido, siendo además de cuenta del Casino los gastos que originara la función.

Se representaron con aplausos *Doña Inés del alma mía*, *La fe perdida* y *Golondrina* y en un intermedio los Sres. Dominguez y Soto leyeron dos poesías, de las que eran sus respectivos autores, dedicadas a Santoña.

Hé aquí la del Sr. Dominguez, que habiendo la amabilidad de entregárnosla para su publicación:

¡HASTA LA VUELTA!

Como es muy breve mi historia os suplico que escuchéis; y que a la par la grabeis para siempre en la memoria: aun niño, recuerdo yo, que mi padre así me dijo.
«Ei que es honrado y buen hijo
»no olvide donde nació;
»tu debes a la fortuna,
»ó a Dios que así lo ha querido,
»nacer bien, y el bien nacido
»no debe olvidar su cuna»
Hombre ya, dejé el hogar y sus paternas dulzuras corriendo mil aventuras sin tréguas, ni descansa. Escogí una profesión que cuadró a mis pocos años ajeno de desengaños; y embriagado de ilusión, Pronto se abrieron mis ojos a los dolores del alma y fuí perdiendo la calma para ir ganando en enojos. En la rosa purpurina aspiré loco el olor...

Hoy ya sé que toda flor oculta siempre una espina. No obstante callé el disgusto y dije «vaya, a vivir
»ya se que voy a sufrir:
»pero ha sido por mi gusto»
A mi padre le oculté la verdad de mis errores y luché con mis dolores pero ¡ay Dios! ¡cómo ¡luché!
(No quiero hablar de amistad que eso mi desdicha labra, y entonces esa palabra para mí no fué verdad)
Me encontré en un alveolo de ingratitude hundido, luchando a brazo partido contra el mundo, pero solo! No obstante ¡callé y sufrí y aunque a mi padre escribía solamente le decía
»no olvide donde nací.»
Poco a poco fui rompiendo la ola que en mí se estrellaba y a medida que luchaba iba subiendo y subiendo, y subí sin que a mi labio brotara una imprecación; al revés, tuve un perdón para pagar cada agravio. Pasó tiempo y el azar cual vendabal a la arella me fué empujando a esta villa y aquí dejé de soplar.
¡Bendiga Dios a la suerte que a Santoña traerme quiso!
¡Ya llegué hasta el paraíso! ya no me importa la muerte! Aquí cariño encontré aplausos, santa amistad; ahora ya se que es verdad lo que obstinado negué.

Vuestro recuerdo estará, por que a ello tenéis derecho; siempre latiendo en mi pecho y donde yo vaya, irá, No penseis que aunque me alejo olvido esta obligación, yo os dejo aquí el corazón; ya veis cuanto tengo, os dejo. De mi vida en la revuelta corriente me voy en pos; guardadlo; no os digo ¡adiós! digo solo ¡hasta la vuelta!

J. Dominguez y Bridon

Santoña 3 Octubre 1897

El resultado que tuvo la función para los artistas no dejó nada que desear, y así estos lo manifestaron antes de partir colmando elogios a este hidalgo pueblo.

Nosotros les deseamos una feliz contrata y su pronta presentación en el lindo teatro del Casino-Liceo.

LOS MONTES

Presa de gran zozobra ha permanecido nuestra villa, durante la ausencia de la Comisión encargada de gestionar la quietud y pacífica posesión de nuestros montes, esas penas de Santoña, adquiridas del Duque de Medinaceli D. Luis Francisco de la Cerda y Aragon por venta otorgada a favor de esta villa de Santa María del Puerto, que son hoy el sustento del proletario, el sostén del menesteroso y la vida, en fin, de nuestra población obrera; y al figurar nuestras penas en la relación que publicó la *Gaceta* de Madrid para saciar la codicia de un ministro, sin preocupación de los graves daños que su proyecto causara, la alarma era muy natural y la impaciencia por saber el resultado de las gestiones de los Sres. Santamarina y Ontañon fué grandísima, como ahora son grandes los elogios que se prodigan a dichos señores que tras rudo trabajo han conseguido óptimo fruto.

A continuación publicamos, sucintamente, lo descubierto sobre este punto en Santander por los Sres. de la Comisión.

En 1838 se presentó por el Ayuntamiento una solicitud, pidiendo la excepción de venta de los montes «Brusco», Sierra Gromo, Arenal de Berria, e Puntal y Las Peñas de Santoña, acogiéndose a la ley de 8 de Mayo del referido año para lo cual se practicó información posesoria ante el Juzgado Municipal, quien declaró correspondían a Santoña en ambos dominios.

Se demostró que dichos terrenos estaban libres de toda carga y gravamen y los poseía Santoña desde tiempo inmemorial pagando la correspondiente contribución. Además de la justificación documental se hizo una textual y oído el parecer del fiscal fué aprobada y presentada al Registro de la Propiedad, donde están anotadas en el tomo 10 de Santoña.

Este expediente fué informado por los abogados del Estado favorablemente, diciendo que procedía otorgar a Santoña la excepción y que debía ratificarse la información posesoria en el Juzgado de primera instancia, donde pasó el 15 de Febrero de 1892.

Hasta el 22 de Febrero de 1897, durmió el expediente el sueño de los justos, en cuya fecha, en virtud de lo ordenado en el R.D. de 29 de Setiembre de 1896, fué remitido al Ayuntamiento donde también encontró lecho donde aletargarse, hasta sorprenderle los anuncios de venta del reciente decreto del Ministerio de Hacienda.

Por fortuna y gracias a la Comisión está el asunto en tramitación en el Juzgado de primera instancia.

Por acuerdo adoptado por el Ayuntamiento en 1896, se formuló nuevo expediente que fué entregado á la Delegación de Hacienda y el cual hay que rehacer.

Además, según circular del Ministerio de Hacienda dirigida á las Delegaciones del ramo, podemos asegurar, que nuestros montes se hallan libres de *avenia los*, según los conceptos expresados en la referida circular que en breve publicará el *Boletín Oficial* de esta provincia y cuyo documento como los demás de que damos cuenta á nuestros lectores, han sido adquiridos por los Sres. Santamarina y Ontañón y á ellos debemos la publicación de estos informes que nosotros hemos extractado, para conocimiento de nuestros queridos lectores.

Noticias

Ha sido nombrado Fiscal municipal de esta villa nuestro distinguido amigo D. Angel Rocillo, y Juez suplente D. Bruno Monreal.

D. Jacinto Roses, segundo teniente del Regimiento de Andalucía, ha sido nombrado Habilitado del segundo Batallón del mismo.

El lunes último tuvieron lugar los funerales en sufragio del alma del que fué nuestro queridísimo y honrado paisano D. Juan Antonio Amorisa.

La iglesia parroquial se hallaba completamente llena por las muchísimas personas que allí acudieron á rendir el último tributo al cariñoso amigo.

A continuación se verificó la conducción del cadáver y el acompañamiento fué tan numeroso, que la manifestación de duelo fué excepcional, no extrañándonos que así resultara por lo sentida que fué la muerte de D. Juan Antonio y las muchas simpatías de que gozaba él y cuenta en esta villa su distinguida familia.

Presidieron el duelo los Sres. D. Julian Vieytes y D. José de la Fragua, los cuales en unión de D. Ramón Palmas, D. Juan Ontañón, D. Isaac Gomez y D. Manuel

Andujar, llevaban las seis cintas que pendían del féretro.

Entre el acompañamiento se encontraban gran número de militares.

Reciba la familia del finado la expresión de nuestro más profundo pesar, acompañándola en el sentimiento por tan irreparable pérdida.

El mismo día y acto seguido tuvo lugar otro entierro: el del intrépido patrón de pescadores D. Pedro Alveniz, cuyo fallecimiento ha sido muy sentido.

Casi todos los acompañantes á la conducción del finado D. Juan Antonio Amorisa, escoltaron el carro fúnebre del buque Pedro, siendo, por tanto, el duelo de grande manifestación de simpatías á la familia del difunto á la que acompañamos en su justo dolor.

Parece ser que la Comisión nombrada por el Ayuntamiento compuesta de los Sres. Ontañón, Lopez, Gomez y Barredo, para que estudiara los medios más conducentes á fin de evitar abusos en la corta de leña en el monte, trabaja con actividad plausible, habiendo tomado algunas disposiciones.

La Comisión de Policía del Ayuntamiento de la que es presidente D. Enrique Steva se ocupa en redactar un reglamento para organización de la Guardia Municipal á la que se la proveerá además de un nuevo y bonito uniforme color gris-morado.

Mal informados, dijimos en nuestro número anterior que el Sr. Jefe de Vigilancia hizo el buen servicio de capturar á los autores del robo cometido en el establecimiento del Sr. Gomez, siendo así que no tuvo aquel participación alguna en la aprehensión.

Débase ésta al sereno Santiago Diez que al observar luz en la tienda del Sr Gomez y causándole extrañeza, penetró en el local, donde los dos *cacos* se entregaban á la sustracción, pudiendo detener sólo á uno de ellos, emprendiendo el otro precipitada fuga. Sonaron los pitos y el sereno Nicolás Peña corrió en busca del fugitivo y avi-

só al Sr. Jefe de Vigilancia que se hallaba en su domicilio, el cual se dirigió al Juzgado, en tanto que el guarda de consumos Domingo Lopez intimaba á rendirse apuntando con la carabina al «caco» que habia logrado fugarse y se hallaba oculto entre los maizales del Molino de Viento siendo preso por dicho guarda con la eficaz ayuda del sereno Enrique Alonso.

Esta es la verdad de lo ocurrido, mereciendo plácemes, especialmente, el sereno Santiago Diez y el guarda de consumos Domingo Lopez, los cuales se han hecho acreedores á una recompensa.

Se halla entre nosotros el conocido viajante de la acreditada Camisería inglesa de Santander, D. Emiliano Matilla.

Le deseamos una buena nota.

Segun nos dicen, parece ser que en cumplimiento á la R. O. de 16 de Junio de 1885 y con motivo de una solicitud de D. Juan B. Fernández se ha ordenado el adeudo de 0.28 pesetas por cada 100 kilos de sal blanca y 0.12 por la negra de impuesto de Consumos con destino á las industrias, y que se ha comunicado á la administración del impuesto devuelva á los industriales las cantidades que hubiere cobrado demás.

Días pasados de la semana anterior llegó á nuestra villa el Ministro de Cultos y Justicia de la República Francesa Excellence Mr. Darlam, hospedándose en el domicilio de su compatriota nuestro querido amigo Mr. Hacerá.

Inmediatamente que se tuvo conocimiento de la llegada de dicho personaje, una comisión del Ayuntamiento acudió á visitarle siendo afablemente recibida por él, cambiándose cariñosas frases sin ostentaciones ni etiquetas.

Después el Exmo. Sr. General Gobernador Militar, Sr. Coronel del Regimiento y demás Jefes y Oficiales, también fueron á saludar al ilustre huésped, á quien invitaron á girar una visita al Cuartel del Sur, donde la música del Regimiento ejecutó preciosas piezas, en tanto el ministro y los

Jefes recorrían los dormitorios y dependencias del edificio.

El viernes último fué obsequiado el elemento militar con un té en casa de Mr. Hacerá y allí se estrecharon más los lazos de simpatía entre los Jefes y Oficiales de la guarnición y el ministro.

Hubo entusiastas brindis: uno del Sr. Coronel del Regimiento, en correcto francés que fué contestado por el ministro, otro del Generalen elocuentes terminos y otro del Teniente Coronel Sr. Bulnes, muy ingenioso; en todos dirigiendo palabras de cariño á la vecina república y contestados por el Sr. Ministro con entusiasmo, mostrando quedar complacido en extremo y ofreciendo volver en otro tiempo á nuestra villa.

La banda de Andalucía, que dió la serenata, fué obsequiada con habanos, pastas y licores.

Ayer salió de nuestra villa en dirección de la vecina república, siendo cariñosamente despedido.

NOTAS CONCUEJILES

Ayer celebró sesión nuestro Ayuntamiento bajo la presidencia del Sr. Alcalde D. Angel Blanco y con asistencia de los señores Gallego, Gomez, Barredo, Santamarina, Ontañón, Steva, Alonso y Lopez.

Dado cuenta del despacho ordinario, entre él lo ingresado por consumos del mes último y lo satisfecho por puestos públicos, el Sr. Lopez preguntó en qué estado se hallaban los presupuestos entregados para su aprobación á la Comisión provincial, pues tenía noticias que habían de ser devueltos sin informar.

El Sr. Presidente creyó oportuno esperar.

Después el Sr. Steva informó sobre la necesidad de que acudieran mercancías á nuestro mercado para lo que propuso se contratase una lancha de Cicero de Escolástico Incera, quien en condiciones ventajosas y con una pequeña subvención se había ofrecido á hacer un viaje semanal desde aquel punto á Santoña.

Se aprobó por unanimidad.

Se vende la bonita lancha AURORA, con todo su aparejo. En la librería de Fermín Hernández darán razon.

Imprenta del AVISADOR.—Santoña.

—No, eso no; yo hé de ser siempre tuyo, pues por mucho que ella me guste, recordo que no vale lo que tu.

—Ahora me adulas?

—Soy sincero, lo juro; y para probarte mi fidelidad, te revelaré algunos planes del campo enemigo, pues en obsequio tuyo hice oficio de espía.

—Habla.

—Lucía tiene ya palco en el Real, que mañana inaugura la temporada. A esta primera función no asistirá la parisién, pero sí á la segunda, proponiéndose causar asombro con la exhibición de sus riquísimas joyas.

—Pues yo también necesito un palco en ese teatro—dijo Fernanda; y levantándose apresuradamente, fué á un precioso *secretaire*, lo abrió, y tomando un puñal de monedas de oro, lo dió á Alcaráz, diciéndole:—Anda, vé y abóname un palco, á ser posible, junto al de la francesa, cueste lo que cueste. Yo iré al Real al día siguiente al en que ella aparezca; ella exhibirá todas sus alhajas; yo no llevaré ninguna...

—Cuenta con el palco.—dijo Alcaráz gravemente, guardando en sus bolsillos el oro.—Además, sé que Lucía obsequiará esta noche con una cena en Fornos al mayor número de tus amigas.

—¿Qué?—dijo Fernanda con expresión de extrañeza.—En eso, se equivoca; es muy pronto para quitarme mi corte, á la que yo también quiero obsequiar esta noche, y también en Fornos. Ahora mismo vas á invitar á Paula, á Beatriz, á Laura, á todas; dilas que habrá carta blanca, pues quiero presentarlas á sir Farrington; y que este las demostrará su admiración y simpatías. ¡Ah! y dilas que las autorizo para que inviten á la cena á sus respectivos caballeros... Y al inglés díles que lo espero para comer y que le ruego me acompañe durante la noche... Pero vé pronto, que no vas á tener tiempo para todo.

—Así me gustas—dijo Alcaráz, con fingido entusiasmo—valiente, decidida y haciendo el debido aprecio de cuanto vales y puedes.

—Anda, anda, que ya demostraré á esa en dónde se há metido.

—Ya aseguro su derrota.

Momentos después salía Alcaráz de casa de Fernanda, y mientras se dirigía á cumplir las comisiones que de ella recibió, pensaba:

—Pues señor, ese Carlos há de ser mi mala sombra. Por esta vez hé podido parar el golpe; pero parece que á esa chiquilla se le há me-

tido en el alma, y temo la recaída... ¡Bah! Ya me daré buena maña y la curaré, por lo mucho que me importa; porque, ahí es nada el filón que perdería...



